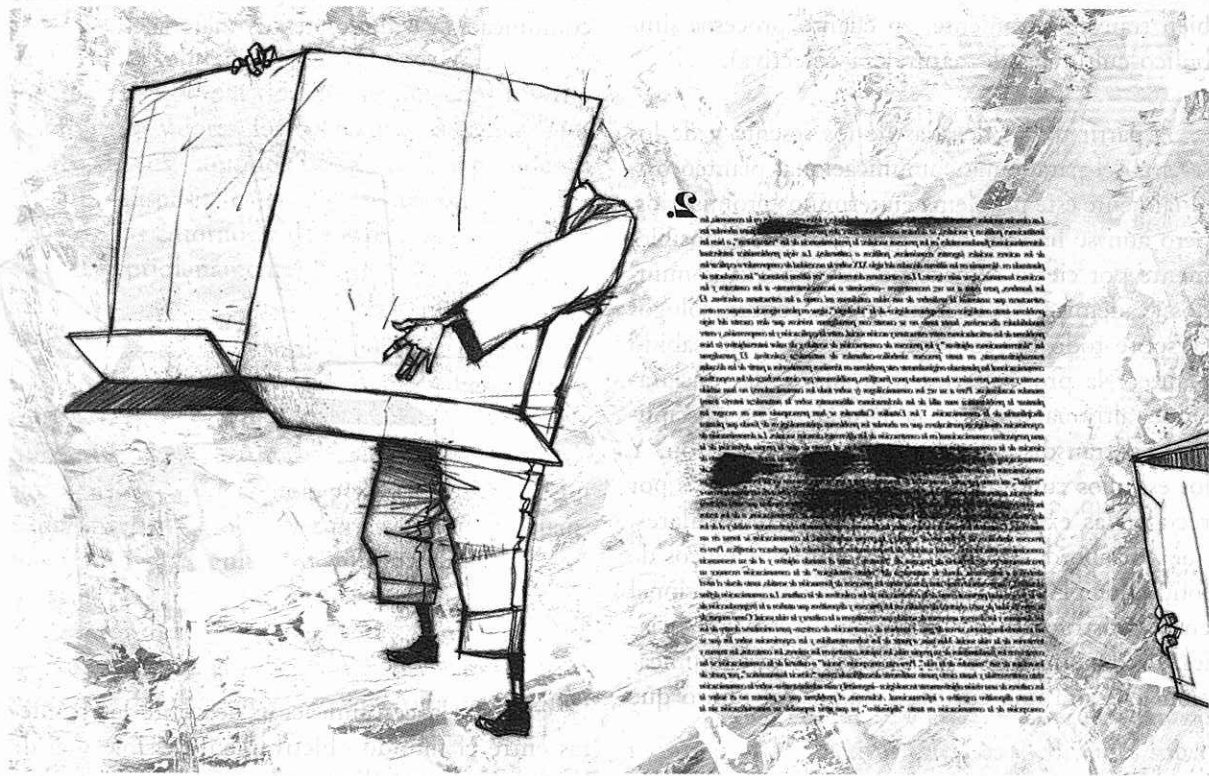


¿Sociedad de la *in*-formación o de la comunicación? Entre el condicionamiento y la libertad



* Doctor en Sociología, profesor titular de las Cátedras Promoción Comunitaria y Comunicación Comunitaria, Director de la Carrera de Ciencias de la Comunicación de la Universidad de Buenos Aires; miembro internacional del Board of Editors de Psychline (Chicago) y Cyberlegenda (Universidad Fluminense, Río de Janeiro). Correo electrónico: evizer@yahoo.com

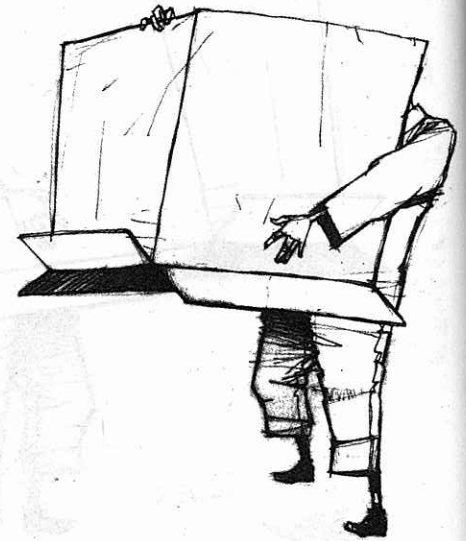
Las ciencias sociales *nomotéticas* (en búsqueda de regularidades y leyes estructurales en la economía, las instituciones políticas y sociales) se debaten usualmente entre dos paradigmas opuestos para abordar las determinaciones fundamentales en los procesos sociales: o predominan las “estructuras”, o bien los actores sociales (agentes económicos, políticos o culturales). La vieja problemática intelectual planteada en Alemania en las últimas décadas del siglo XIX sobre la necesidad de comprender o explicar las acciones humanas sigue aún

vigente.¹ Las estructuras determinan, en última instancia, las conductas de los hombres, pero éstos a su vez reconstruyen —consciente o inconscientemente— los contextos que sustentan la urdimbre de sus vidas cotidianas, así como las estructuras colectivas. El problema —tanto ontológico como epistemológico— de la ideología se conserva actual, aunque en otras modalidades discursivas, hasta tanto no se disponga de paradigmas teóricos que den cuenta del viejo problema de las articulaciones entre estructura y acción social, entre la explicación y la comprensión y entre las “determinaciones objetivas” y los procesos de construcción de sentido y de valor intersubjetivo (o bien transubjetivamente, en cuanto procesos simbólico-culturales de naturaleza colectiva).

A partir de las décadas de los sesenta y de los setenta, el paradigma comunicacional planteó originalmente este problema en términos promisorios, pero aún se ha mostrado poco fructífero, posiblemente por cierto rechazo de los respectivos mundos académicos. Pero a su vez los comunicólogos (y sobre todo los comunicadores) no han sabido plantear la problemática más allá de las declaraciones altisonantes sobre la naturaleza interdisciplinaria o transdisciplinaria de la comunicación. Y los estudios culturales se han preocupado más por recoger las experiencias etnológicas particulares, que por abordar los problemas epistemológicos de fondo que plantea una perspectiva comunicacional en la construcción de las diferentes ciencias sociales. La denominación de ciencias de la comunicación presenta una curiosa paradoja, al punto que

la propia definición de la comunicación, en cuanto disciplina científica aparece un tanto borrosa.

Una ciencia implica un conjunto de conocimientos, así como de procedimientos y prácticas normalizadas y legitimadas por ciertos criterios de ‘verdad’, así como por una comunidad de investigadores y un reconocimiento social y cultural sobre su relevancia, autonomía y especificidad. El conocimiento comunicológico aún se ubica en un estatus borroso e incierto respecto a su propia madurez (y legitimidad). Y esta opacidad aumenta a medida que su(s) objeto(s) de estudio se aleja(n) de la “visibilidad fenomenológica” de los medios de comunicación o de los textos materiales.



Cuando la comunicación descubre las fronteras entre el mundo objetivamente visible y el de los procesos simbólicos, así como entre la formación de sentido y la propia subjetividad, ésta se torna en un conocimiento más incierto, volátil y alejado de los parámetros tradicionales del quehacer científico. Pero es precisamente en ese territorio de procesos de ‘frontera’, entre el mundo objetivo y el de su resonancia simbólica e imaginaria, donde la naturaleza del objeto ontológico de la comunicación reconoce su identidad y su presencia como una ciencia sobre los procesos de formación de sentido, tanto desde la subjetividad personal como desde la construcción de los colectivos de la cultura.

.....

1 M. Augè nos recuerda que “La etnología se preocupó durante mucho tiempo por recortar en el mundo espacios significantes, sociedades identificadas con culturas concebidas en sí mismas como totalidades plenas: universos de sentido en cuyo interior los individuos y los grupos que no son más que su expresión, se definen con respecto a los mismos criterios, a los mismos valores y a los mismos procedimientos de interpretación”. “De estos universos, en gran medida ficticios, se podría decir que son esencialmente universos de reconocimiento. Lo propio de los universos simbólicos es constituir para los hombres que los han recibido como herencia un medio de reconocimiento más que de conocimiento: universo cerrado donde todo constituye signo, conjuntos de códigos que algunos saben utilizar y cuya clave poseen, pero cuya existencia todos admiten, totalidades parcialmente ficticias pero efectivas, cosmologías que podrían pensarse para hacer las delicias de los etnólogos”. Véase a Augè, M., *Los “no-lugares”. Espacios del anonimato. Una antropología de la sobremodernidad*, Barcelona, Gedisa, 1992. p. 39-40.

cuana-rosa.

oci-cticas ios de nvesti-ral so- ad. El en un ia ma-enta a a(n) de lios de



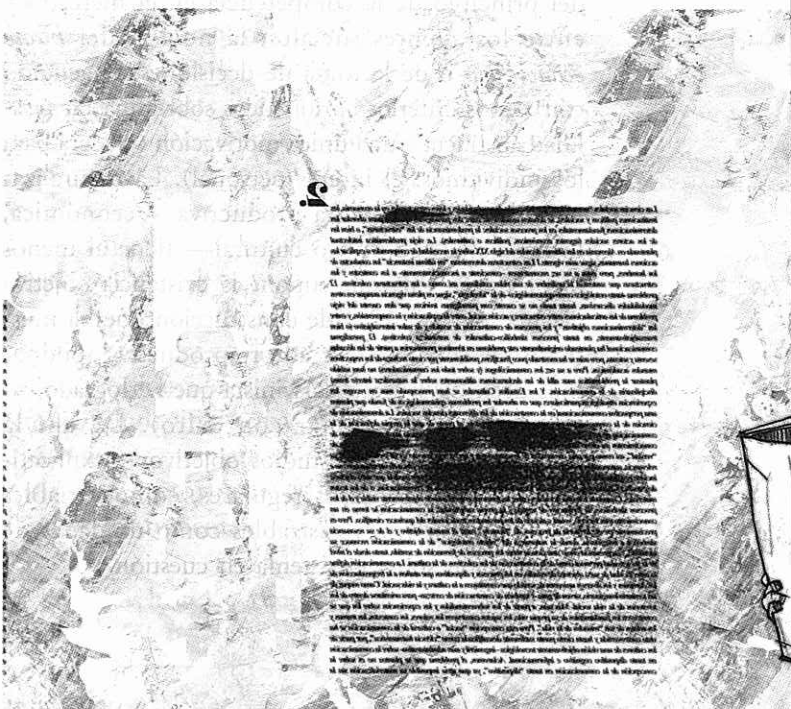
is fronte- e y el de la forma- d, ésta se , volátil y el queha- se territo- ndo obje- maginaria, gico de la su presen- de forma- dad perso- colectivos

Si eligiéramos una mirada “informativa” de las ciencias de la comunicación, podríamos definir la especificidad de su(s) objeto(s) de estudio, como el abordaje de las regularidades y las regulaciones de los procesos y los dispositivos que atañen a la (re)producción de la vida social. Pero desde una perspectiva centrada en la comunicación como construcción de sentido y de valor, diríamos que la comunicación ‘instituye’ a los dominios y los universos de sentido que guían a los individuos en los ámbitos de la cultura y la vida social. Como mapas de un territorio imaginario, sirven de guía —y también de construcción de certezas— para orientarse dentro de los territorios de la vida social. Más aún, a partir de los sobreentendidos y las experiencias sobre las que se construyen los fundamentos de su propia vida, los sujetos construyen y ‘cultivan’ los valores, los contextos, las tramas y los relatos de sus “mundos de la vida”. Aprenden a construir dispositivos de representación de la realidad de sus entornos y de los recursos que usan y cultivan cotidianamente.

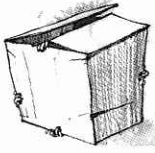
Esta concepción ‘social’ o cultural de la comunicación se ha visto controvertida y hasta cierto punto sutilmente descalificada como “ciencia humanística” por parte de los cultores de una visión objetivamente tecnológica —ingenieril y aun administrativa— sobre la comunicación, en cuanto dispositivo cognitivo e informativo. Aclaremos, el problema que se plantea no es sobre la concepción de la comunicación como dispositivo —ya que sería imposible su materialización sin la existencia de “dispositivos socioculturales y lingüísticos” existentes—, la inquietud responde más bien a la concepción y al tipo de dispositivo en que se piense (simbólico, lingüístico, tecnológico o institucional) para diseñar y abordar los procesos comunicativos.

La discusión se establece con lo que podemos definir como concepción estrictamente informativa o cognitiva de la comunicación, es decir, en cuanto sistema cerrado, reducido a artefacto para la formalización de datos, el registro y la transmisión eficiente de paquetes de información entre diferentes agentes sociales o bien tecnológicos. Evidentemente, ésta información y sus respectivos

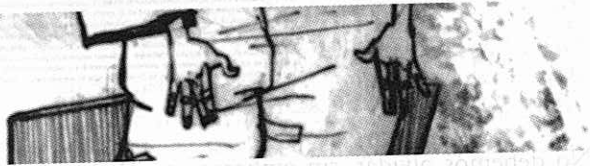
dispositivos conforman la infraestructura de base que sostiene las tecnologías modernas, la producción económica, los sistemas financieros, las administraciones burocráticas, las instituciones de planeamiento y los mecanismos de creciente control social.



No debemos olvidar, sin embargo, que las políticas de planificación estatales de la segunda posguerra se asentaron en una fe ingenua sobre la racionalidad económica y social implícita en los programas y planes de desarrollo. Durante un par de décadas su legitimidad académica aumentaba en la medida en que se lograban acumular datos e informaciones objetivas, precisas y eficientes sobre recursos, demandas, necesidades, ciclos económicos, proyecciones de consumo y tendencias del mercado. La econometría representó en este sentido una cierta concepción idealizada sobre la racionalidad de las proyecciones de la ciencia económica. De este modo, mientras la econometría formaliza y ‘encierra’ el proceso económico en el dominio de los procesos previsibles, la economía política reintroduce los contextos sociales reales marcados por la complejidad estructural, la política, el juego de los intereses sectoriales y el interjuego de los agentes internos y externos al ‘sistema’.



Nuestro punto de vista crítico se establece en la proposición de que la naturalización del proceso económico es inseparable de una visión informacional, y que esto reduce la materia de *lo* social a ecuaciones sobre una naturaleza económica formal (por ejemplo, la naturalización y universalización del principio de la competencia en el mercado y entre los agentes sociales, la noción del *homo economicus* o de la toma de decisiones de acuerdo con meros criterios apriorísticos sobre una racionalidad abstracta y una única motivación valedera para los individuos: el interés personal). La naturalización de una estructura productiva —económica, institucional, política o cultural— tiene al menos dos lecturas: una que supone la existencia objetiva de una lógica interna de construcción que ha mostrado ser consistente y autorreproductiva (podríamos decir en sentido darwinista que ha logrado sobrevivir y evolucionar con éxito). De ahí la posibilidad de hacer estudios objetivos y explicativos sobre sus procesos regulares, como variables cuantificables, registrables como unidades de información sobre el sistema en cuestión.



.....
2 Es interesante observar que la expansión (globalización-mundialización) de los medios masivos de comunicación presenta una modalidad más 'extensiva' que transformadora en el ámbito de las redes mundiales. Esto significa que sus reglas fundamentales de funcionamiento obedecen —a pesar de la transnacionalización y la centralización económica— todavía a lógicas de comienzos del siglo XX, correspondientes a la época de la aparición de la radio y la televisión. Sin embargo, las tecnologías de información y comunicación (TIC) y básicamente internet generan lógicas de funcionamiento y de (des)organización técnica, económica, social, cultural y perceptiva totalmente diferentes a las de los medios tradicionales. Plantean una transformación cualitativa que trasciende la mera tecnología, y con ello generan la posibilidad de nuevas formas de mediatización y recreación de lazos y redes de asociatividad. Podemos decir que mientras los espacios y los tiempos en los medios masivos son determinados por su propio funcionamiento y la competencia entre ellos, en el caso de las TIC son los propios actores sociales quienes definen y deciden sobre los tiempos, los espacios (físicos y simbólicos) y los contenidos que generan. Si esto se comprueba efectivamente, podríamos llegar a una curiosa conclusión: el sistema de los medios masivos —aun mundializado— responde a lógicas estructurales de funcionamiento de tipo informacionalmente restringido, y no a las lógicas y los valores de la comunicación (tal como entiendo a ambos términos en el presente trabajo). Evidentemente, las industrias culturales masivas y tradicionales —en el sentido que le atribuyó Adorno— responderían estructuralmente a la misma lógica fundamentalmente económica, lo que no sería el caso de las creaciones culturales y estéticas populares y las surgidas de los actuales artistas y "militantes ciberespaciales" de las TIC.

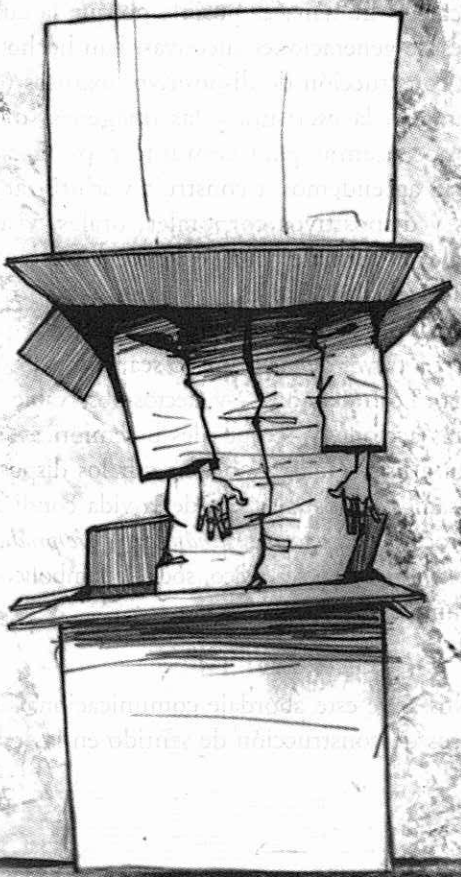
El otro tipo de lectura, una interpretativa o crítica, cuestiona el recorte del objeto de estudio de la comunicación como un sistema cerrado y autorreproductivo, que extrae del análisis los factores históricos y los contextos sociales, simbólicos e imaginarios dentro de los cuales el "sistema" se generó, con la definición de sus fronteras y particularidades (podríamos mencionar como ejemplos epistemológicamente opuestos los análisis marxistas en relación con la teoría general de sistemas, a la teoría de los juegos o la sociología empírica).

De la información al sentido

Todas las proposiciones sobre la sociedad de la información o la sociedad del conocimiento llevan implícitas una visión marcada por los paradigmas de la información y la racionalidad funcional o instrumental, que guía el funcionamiento eficiente de las instituciones y las estructuras sociales en un mundo que nos permitiría ocuparnos de la belleza creativa del conocimiento sin preocupaciones por "los errores y la subjetividad en las decisiones de los hombres" (las máquinas inteligentes nos librarían de la arbitrariedad humana en la toma de decisiones, ya que las alternativas que surgieran podrían plantearse a través de algoritmos matemáticos o aleatorios, como los que propone la teoría de los juegos). Con ironía dramática, podemos parafrasear a Marx cuando menciona la posibilidad de pasar históricamente de la era de la administración sobre los hombres a la administración sobre las cosas. Los peligros de una sociedad de la información con controles centralizados estriban precisamente en pasar a una era de administración de los hombres por las cosas (centrales robotizadas de inteligencia, al estilo de G. Orwell, en su novela *1984*).²

Más allá del triunfalismo tecnocrático, deberíamos preguntarnos: (1) ¿desde qué posición podemos realizar un análisis crítico sobre las implicancias de muchas proposiciones y argumentos sobre la noción de sociedad de la información (o mal llamada de la comunicación)?; (2) ¿desde dónde hacer lo propio con respecto a una concepción implícitamente informacional de la era de la

comunicación? ¿La sociedad de la información es una mera categoría descriptiva de las transformaciones que se observan en el mundo del trabajo y de las relaciones económicas o pretende ser —como la noción de sociedad del conocimiento— un modelo de sociedad en el sentido de lo que los futurólogos de los años setenta y ochenta denominaban “futuribles o futurables” (o sea proyecciones sobre escenarios posibles o deseables de una sociedad futura)?; (3) ¿cómo entendemos la diferencia entre las nociones de información y la de comunicación? ¿Diferencia ontológica o bien epistemológica (o en ambos sentidos)? ¿Pueden ambos términos considerarse visiones antagónicas sobre un mismo campo ontológico de procesos de construcción de sentido, o bien correspondientes a ámbitos socioculturales y cognitivos totalmente separados entre sí? ¿Puede llegar a constituirse una concepción complementaria —pero no reduccionista— entre ambas (del tipo de infraestructura informacional frente a superestructura comunicacional), como dos formas diferenciadas de construcción simbólica, lógica, funcional y representacional en la formación del sentido y de los valores en la sociedad?



Podemos adherir en este punto de nuestra argumentación a la reflexión que realiza Piaget sobre los procesos de formación de sentido. Este investigador propone una cuádruple categorización para abordar una concepción epistemológicamente genética sobre la construcción de sentido: funcional, lógica, simbólica y representacional.³ Desde esta concepción sobre la naturaleza del sentido, podría pensarse la diferencia —¿expresiva y cognitiva?— entre información y comunicación, en términos del grado en que predomina una o varias de estas dimensiones de acuerdo con contextos o funciones diferentes, pensar en términos de información conlleva implícitamente una determinación lógica, precisa y funcional de una operación controlada: un ‘paquete’ de datos y signos que van a ser codificados, registrados, almacenados, reproducidos y transmitidos fielmente. En otros términos, un sistema cerrado, un autorreferente en sí mismo, que para ser ‘abierto’ precisa un dispositivo receptor y decodificador y de procedimientos instrumentales (como los computadores).

Podemos brindar como ejemplo la metáfora clásica de la caja negra. El científico desconoce la naturaleza interna de un proceso o un fenómeno, aplica entonces en forma metódica una serie de ‘estímulos’ para observar las respuestas o efectos de sus operaciones sobre la misteriosa caja. Generalmente, lo único que consigue son ciertos datos, a los que ordena como información, o bien como un ‘modelo’ sobre las operaciones o el funcionamiento interno dentro de la caja (ya sea un sistema físico, químico, psíquico o socioeconómico).

Para el ser humano, los datos necesitan un proceso de interpretación, el cual procesa y reconstruye las relaciones entre las unidades de datos para ser organizados y ‘construidos’ en forma de información, de textos, de argumentos, de ideas, etc.; es decir, desde la perspectiva cognoscitiva, los datos —como unidades de información—, para ser relevantes en cuanto información, esto es, para ser reconocibles, deben ser transformados en unidades interpretativas (podemos agre-

.....

3 Cfr. Piaget, J., *Psicología de la inteligencia*, Buenos Aires, Psique, 1966.

gar: para que los datos o los hechos de una realidad fáctica se transformen en información, inevitablemente precisan de un interpretante, un procesador de símbolos y representaciones sobre una realidad predeterminada).

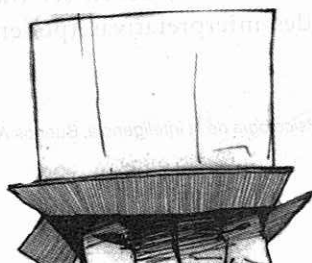
Desde la lógica, la unidad de información adquiere sentido y valor en una relación sujeto-objeto, mientras que la comunicación construye sentido en la relación sujeto-sujeto, sea ésta presencial o mediada a través de un soporte (observar una imagen, un texto, una escultura, remite siempre a un sujeto y al desciframiento de un sentido oculto y una intención). La característica del mundo social consiste precisamente en la búsqueda permanente de sentido y de valor —de lo significativo y de lo significativo—. Habitamos nuestras realidades como estrategias del sentido, construyendo dispositivos de búsqueda y desciframiento del mundo que nos rodea. Hacemos esto cara a cara con nuestros congéneres en la vida cotidiana, y también cuando nos comunicamos a través de cualquier medio, artefacto o soporte técnico de información, ya sea digital o analógico (teléfono, correo electrónico, etc.). En la comunicación, los conceptos de sentido y de valor serían así efectos —¿expresivos?— construidos en una relación definida por interpretantes. Si lo miramos desde la perspectiva de la información, predomina el objeto, el funcionamiento eficaz y eficiente de un dispositivo que debe ser operativo y funcional a las necesidades de representación de ese objeto o realidad original —datos sobre un hecho, o una situación, etc.—. La información sólo requiere un observador, un interpretante de datos, formas, objetos, y un dispositivo que les dé forma y estructura para generar sentido y valor.

La racionalidad tecnológica se fundamenta en reglas y procedimientos, ya que debe ser instru-

mental y funcional al logro de fines. Cuando estos fines se logran, se produce un registro interno de los procedimientos en la memoria (como información del sistema), el que se refuerza con el logro de los fines, que genera un proceso circular de regulaciones y estructuración de relaciones de funcionamiento (como dispositivos de autoorganización). El valor dominante es el logro de los fines, y el sentido predominante es el de la funcionalidad de los dispositivos y los procedimientos empleados. Esto es común tanto a los individuos como a los grupos y se ha interiorizado —y universalizado— como modelo de paradigma organizacional en la sociedad y la cultura occidental a partir de la Revolución Industrial. Lo que no sabemos es si las promesas de la sociedad de la información profundizarán o humanizarán esta tendencia.

Se hace evidente la diferencia profunda entre la constitución de los procesos de la información en tanto ecuaciones algorítmicas y su procesamiento a través de dispositivos funcionales, y la comunicación en tanto proceso expresivo, simbólico, y representacional, sujeto tanto a transformaciones lógicas y epistemológicas, como a las emociones de la socialidad humana. Al mismo tiempo, la comunicación humana es posible porque la cultura, y miles de generaciones sucesivas, han hecho posible la construcción de dispositivos exitosos (como el lenguaje, la escritura y las imágenes) que los humanos usamos para comunicarnos. Desde la infancia aprendemos a construir y a utilizar artefactos y dispositivos corporales, orales, visuales, mentales o formales para establecer relaciones y vínculos sociales (esto es, para comunicarnos). Un dispositivo es una estructura dinámica que se refuerza a través de la acción (o sea, con el 'uso' que se le da). Los resultados —y efectos observables— de nuestras acciones —corporales o semióticas— nos ayudan a usar, evaluar y reconstruir los dispositivos que usamos en los entornos de la vida cotidiana. A este proceso de *relaciones dinámicas y (re)productivas con el entorno* —ya sea físico, social o simbólico— lo denominamos *cultivo social*.

¿Nos sirve este abordaje comunicacional de los procesos de construcción de sentido en las relacio-



nes humanas para arrojar luz sobre la noción de estructura como información —o bien información como estructura—? ¿Cómo operan las relaciones entre las determinaciones de la estructura (económica, política, social o cultural) sobre o dentro de los procesos de construcción de sentido y de valor en la vida social? Hace un par de décadas se habría planteado (erróneamente) en los siguientes términos: ¿“cómo opera lo macro dentro o sobre lo micro” (y viceversa)? El concepto de ideología se constituyó en tema de argumentaciones y discusiones más que en proposiciones efectivas, y finalmente en algo así como un comodín teórico o un disparador de investigaciones no muy fructíferas. La propia oposición entre ciencia e ideología no ha resistido los embates del relativismo y las proposiciones de los ambiguamente denominados nuevos paradigmas.

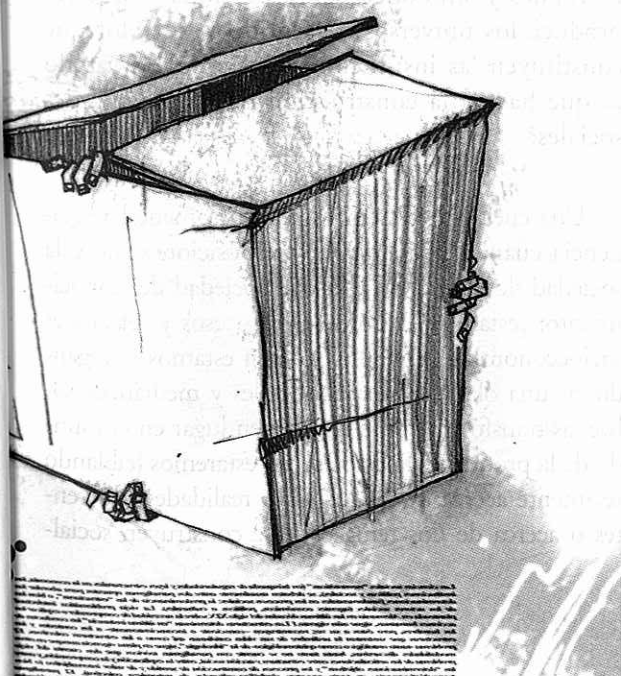
Considero que los paradigmas comunicacionales pueden ayudar a construir un aporte relevante, siempre y cuando no se los entienda solamente como dispositivo lingüístico o como discurso. Además del lenguaje, los seres humanos se comunican por medio de gestos, por acciones (conscientes o no, intencionales o no), por reconocimiento o por interpretación de contextos sociales, institucionales, cognitivos, representacionales y conductuales de todo tipo. Sin sobreentendidos, la vida social normal sería imposible. Y el sobreentendido puede ser una función lógica que no

implica forzosamente un proceso consciente; puede estar en una mera forma cultural establecida hace generaciones e interiorizada a través de los procesos de socialización. Cuando un analista institucional dice que “la institución habla” o que existe una “cultura institucional no escrita” que los miembros reconocen y entienden, se está refiriendo a esta noción de comunicación (institucional). De este modo, la comunicación se establece en tres registros simultáneos: por una mediación física o material (sonidos, imágenes, etc.), por un registro simbólico (signos y significados de diferentes lenguajes o acciones sociales ‘codificadas’ y reconocibles) o por medio de “registros imaginarios”, que proyectan y articulan los universos de sentido colectivos de una cultura con los del individuo.

Desde la perspectiva de una lógica de formación del valor, la diferencia entre información y comunicación se hace evidentemente mayor: no es posible concebir la noción de valor, sino como una relación objetal, en la que el ‘valor’ es proyectado y depositado en un objeto (material, simbólico o informacional) y es siempre determinado por sujetos (ya sean éstos económicos, sociales o religiosos, o individuos, instituciones o clases sociales). Desde una lectura económica-informacional (y tecnológica), podemos argumentar que el *valor de uso* de una mercancía se halla determinado no por la demanda (¿su “valor de cambio”?), sino por la cantidad y calidad de la información-trabajo incorporados en su elaboración, es decir, es un valor construido estructural e históricamente por una sociedad y una cultura.

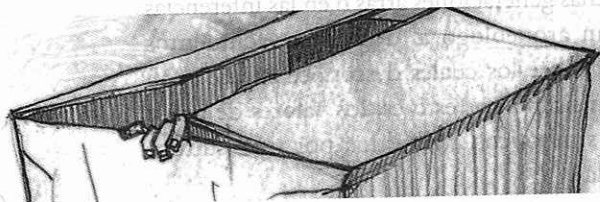
En cambio, el ‘valor’ de la comunicación se constituye como función de los vínculos y el intercambio entre sujetos (ya sea que estén interactuando o no o que se produzca como efecto de una recepción-consumo). Se puede manifestar, por ejemplo, en el valor que atribuimos a una obra de arte producida muchas generaciones atrás o en las inferencias que hace un arqueólogo al descubrir yacimientos con objetos sobre los cuales desconoce su uso o su significación simbólica (esto es, los valores de uso y los valores simbólicos atribuidos por una cultura desaparecida).

El texto en la columna lateral derecha del artículo es un fragmento de un texto que parece ser un comentario o una cita, pero su contenido es ilegible debido a la baja resolución de la imagen.



El valor de la comunicación es una doble proyección entre sujetos, mediada por textos, imágenes, construcciones materiales, artefactos o meramente miradas. Mientras para los procesos informacionales, el valor y el sentido funcional de un signo es fundamental para un proceso comunicacional, el sentido y el valor es casi siempre ambiguo e indeterminado, simbólico e imaginario al mismo tiempo. El dispositivo (y las reglas) de la comunicación pasa a segundo plano y deja en primero al proceso, a la acción, a los contenidos —de una conversación, por ejemplo—, los cuales se entienden no como contenidos referenciales y objetivos, sino como expresiones personales o interpersonales de los sujetos en cuanto actores sociales en situación. La comunicación se constituye en praxis simbólica e imaginaria entre actores-observadores sociales que construyen sentidos y valores a través de su propia praxis (ya sea mediada o no).

En los imaginarios cultivados por los medios masivos de comunicación, los términos información y comunicación (en especial cuando se los asocia a *sociedad de la*) cobran una naturaleza idealizada, una proyección de valores y de modelos sociales que se promueven —consciente o inconscientemente— y a los cuales se les asocia con visiones sobre la modernización como proceso y tendencia permanente, al que se debería alimentar con políticas, proyectos y actitudes positivas (y muchas veces futuristas). Mas aún, dentro de las presiones por 'estar al día', los sistemas educativos asumen y realimentan estos discursos en la práctica educacional para "preparar a los jóvenes para el mundo del mañana". Y los jóvenes ingresan a las instituciones de educación superior exigiendo que se les enseñen 'conocimientos útiles' para un mundo profesional y competitivo. La idea y los valores que pensamos sobre la comunicación pasan a ser una idea considerada utópica, o bien un mero instrumento más que debe ser repensado como una herramienta para tener éxito profesional, capacidad para las 'relaciones humanas', habilidades de venta o para 'triunfar en la vida'.



Otros mapas, otros territorios

La noción de *sociedad de la información* remite, en principio, a una visión productivista y económica de la sociedad: transformaciones en las relaciones de producción (posterciarias, cuaternarias), en las formas de trabajo *white collar intellectual*, en la tecnología moderna y eficiencia, en los insumos y en la producción, relacionada con valores más 'abstractos' que concretos (¿como determinar el valor de una mercancía informacional? ¿Cómo medir la cantidad de tiempo y de trabajo inserto en él?). La noción de sociedad de la información implica, entonces, una redefinición de la posición estructural de diferentes sectores de la producción y entre éstos (sectores, grupos, clases sociales), etc.

Una primera duda se impone: ¿en qué momento de la historia (presente) se definen las características propias de una sociedad de la información? ¿Acaso no toda forma o modo de producción histórica incorporaba implícitamente (o se basaba en) conocimientos y técnicas que incluían dispositivos informativos? (¿Acaso toda técnica no implica una forma de saberes y de información incorporadas a ésta?). ¿Acaso —desde una perspectiva antropológica— la tradición cultural no es una combinatoria entre técnicas-información que asegura la reproducción de los recursos y las condiciones materiales de supervivencia de una comunidad y, paralelamente, un complejo de prácticas culturales y simbólico-comunicacionales que reproduce los universos de sentido y de valor que constituyen las instituciones, los vínculos y todo lo que hace a la construcción de las identidades sociales?

Una cuestión epistemológica fundamental se evidencia cuando pensamos en proposiciones sobre la sociedad de la información o la sociedad del conocimiento: ¿estamos hablando de procesos y relaciones socioeconómicas 'objetivas', o bien estamos navegando en una ola de discursos sociales y mediáticos sobre las transformaciones que tienen lugar en el mundo de la producción? Esto es, ¿no estaremos hablando realmente acerca de dos cosas (o realidades) diferentes o acerca de dos temas que se construyen social-

mente sobre territorios diferentes, confundidos en el maremagnum de discursos mediáticos? En este caso, nuestro punto de partida apunta hacia la formación de discursos, de significados y de valores, es decir, estamos en el reino de la comunicación, en el reino de la búsqueda de sentido.

Al mismo tiempo, se impone la necesidad perentoria de promover también la investigación sobre las modificaciones estructurales que se producen a pasos agigantados en el mundo del trabajo, de los sistemas y de las relaciones de producción regionales, sectoriales y transnacionales con métodos y técnicas naturalistas. Cuando I. Wallerstein propone la revisión epistemológica de los conceptos y la redefinición de las fronteras entre las ciencias sociales delimitadas en los siglos XIX y XX, al mismo tiempo propone volver complejo y enriquecer objetivamente el estudio de los sistemas socioeconómicos e históricos en el mundo. Sus unidades de análisis se expanden hacia lo que de-

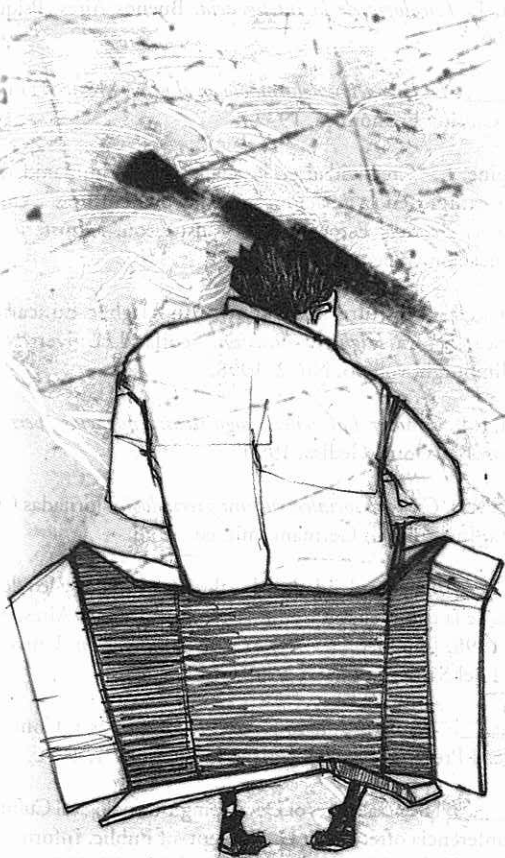
nomina economía-mundo y sistema-mundo.⁴ Se mantienen (o se abren aún más) las puertas que conducen a estudios combinados (naturalistas, interpretativos y críticos) sobre la naturaleza profunda y compleja de los procesos de transformación en que se debate el mundo actual.

De todos modos, las ciencias de la comunicación participan del proceso de construcción de conocimiento sobre los diferentes niveles de análisis en que se revelan las transformaciones del mundo actual (como mapas y cartografías diferentes, al decir de J. Martín-Barbero⁵). Tener varios mapas de un territorio puede llegar a generar confusión, pero ciertamente disminuye las posibilidades 'matemáticas' de que nos perdamos en el camino; eso, si se considera que nuestro único mapa podría ser erróneo. Así, a mayor cantidad de mapas, más información, esto es, más elementos para considerar en nuestras decisiones de llegar a buen puerto. No hay un solo método válido, como no hay ningún mapa perfecto (isomórfico al territorio que pretende representar), a menos que un fanático piense que el suyo es el único mapa verdadero.

En la aún corta historia de las ciencias (digamos a partir de mediados del siglo XVII), las ciencias de la información y de la comunicación (con excepción de la biotecnología) son las que representan —tal vez más fielmente— ciertas características fundamentales de las transformaciones sociales y culturales que tuvieron lugar en el siglo XX. Podemos mencionar el desarrollo de las tecnologías y las industrias culturales masivas, así como el universo simbólico de la construcción de los denominados *nuevos paradigmas de pensamiento*. Podemos decir que por primera vez en la historia de las ciencias, posiblemente se cierra un ciclo de diferentes etapas fundacionales en el descubrimiento de territorios —ontológicos, objetales— de realidad: del objeto material de las ciencias físicas y naturales al objeto-institución y sociedad de las ciencias sociales en la segunda mitad del siglo

4 Cfr. Wallerstein, I., et al., *Impensar las ciencias sociales. Límites de los paradigmas decimonónicos*, México, Siglo XXI, 1998.

5 Cfr. Martín-Barbero, J., *Oficio de cartógrafo. Travesías latinoamericanas de la comunicación en la cultura*, Santiago, Fondo de Cultura Económica, 2002.



XVIII y el XIX; del objeto psíquico de la psicología y el psicoanálisis del siglo XIX, hasta el objeto sentido, o los objetos virtuales de los tecnodispositivos informacionales y comunicacionales actuales.

Los objetos (teóricos) se han ido *virtualizando* (procesos de formación de sentido, dispositivos de información y de comunicación), pero lo mismo les ha pasado a los dispositivos mentales, al igual que a los dispositivos y artefactos corporales conectados a áreas cerebrales (realidades virtuales procesadas por computador, etc.). Así como los *territorios de la realidad* se han multiplicado, haciéndose más complejos, así mismo nuestros mapas mentales exigen creatividad y deben desarrollar ciertas normas científicas de control de calidad sobre nuestras proposiciones y nuestras hipótesis de investigación. También debemos desarrollar métodos que permitan contrastar nuestros modelos teóricos y nuestros mapas con los territorios que estamos efectivamente habitando.

Bibliografía

- Augé, M., *Los "no-lugares". Espacios del anonimato. Una antropología de la sobremodernidad*, Barcelona, Gedisa, 1992.
- Atlan, H., "Ruido, complejidad y significado en los sistemas cognitivos", en *Revue Internationale de Systemique*, vol. III, No. 3, 1989 [también en *TGS al Día*, Buenos Aires, No. 1, 1991].
- Auerswald, E. H., *Paradigms and Definitions*, San Francisco, mimeo, 1993.
- Balandier, G., *El desorden, la teoría del caos y las ciencias sociales. Elogio de la fecundidad del movimiento*, Barcelona, Gedisa, 1989.
- Berger, P. y Luckmann, T., *La construcción social de la realidad*, Buenos Aires, Amorrortu, 1986.
- Bernstein, R. J., *Beyond Objectivism and Relativism. Science, Hermeneutics and Praxis*, s. l., University of Pennsylvania Press, 1993.
- Bilbao, C. (comp.), *La ciencia del hombre en el siglo XVIII*, Buenos Aires, Cedral, 1991.
- Ciapuscio, G. E., *Lenguaje y ciencia. Creación y transmisión. Un par insoluble*, mimeo, 1998.
- Giddens, A. y Turner, J. H., *La teoría social hoy* (introd.), México, Alianza, 1987.
- Gorgias, *Fragmentos y testimonios*, Buenos Aires, Aguilar, 1980.
- Horkheimer, M. y Adorno, Th., *Dialéctica del iluminismo*, Buenos Aires, Sudamericana, 1988.
- Klimovsky, G. e Hidalgo, C., "La inexplicable sociedad", en *La epistemología de las ciencias sociales*, Buenos Aires, A-Z, 1998.
- Luhmann, N., *La realidad de los medios de masas*, Barcelona, Anthropos, 2000.
- Marcus, S., *La ciencia contemporánea y la ciencia tradicional*, Buenos Aires, CEA-UBA, mimeo, 1990.
- Martín-Barbero, J., *Oficio de cartógrafo. Travestías latinoamericanas de la comunicación en la cultura*, Santiago, Fondo de Cultura Económica, 2002.
- Massoni, S., "Estrategias de comunicación: una mirada comunicacional para la investigación sociocultural", en Orozco, G. (coord.), *Recepción y mediaciones*, Buenos Aires, Norma, 2002.
- Morin, E., "Sobre la interdisciplinariedad", en *Revista Complejidad*, No. 1, Buenos Aires, 1995.
- Schnitman, D. F. (comp.), "Nuevos paradigmas cultura y subjetividad", en *Ponencias y diálogos del Encuentro Interdisciplinario de Nuevos Paradigmas, Cultura y Subjetividad 1991*, Buenos Aires, Paidós, 1994.
- Piaget, J., *Psicología de la inteligencia*, Buenos Aires, Psique, 1966.
- _____, *La formación del símbolo en el niño*, México, Fondo de Cultura Económica, 1972.
- Prigogine, I., "Creatividad en las ciencias y las humanidades. Un estudio en la relación entre las dos culturas", en *El proceso creativo*, Estocolmo, L. Gustafsson, Ministerio de Educación y Ciencia, 1993.
- Valimaa, J., "Culture and Identity in Higher Education Research", en *Higher Education*, Scotland, University of Edimburgh, vol. 36, No. 2, 1998.
- Varela, F. J., *Conocer. Las ciencias cognitivas: tendencias y perspectivas*, Barcelona, Gedisa, 1990.
- Vizer, E. A., *Ciencias sociales, cultura y tecnología*, Jornadas Cultura, Instituto G. Germani, mimeo, 1998.
- _____, "La complejidad de los desafíos sociales y los desafíos de la complejidad", en *Complejidad*, Buenos Aires, No. 4, 1998. [también en *Memorias de Investigación*, Universidad del Salvador, No. 2, 1998]
- _____, "Drugs Addiction and Prevention as a Complex Social Problem", en *Psychline*, Chicago, No. 1, 1996.
- _____, "The Challenges of Developing a Technological Culture" (conferencia ofrecida en U. N. Dept. of Public Inform., en Nueva York, 1987), en *Telos*, Madrid, No. 37, 1994.

_____, "El modelo actor-observador y el desarrollo de una perspectiva comunicacional", en *Teorías iberoamericanas de la comunicación*, México, Universidad de Guadalajara y ALAIC, 1994.

_____, *Las tecnologías de información y comunicación (TIC's) y el crecimiento del Capital Social*, *www.cidade do conhecimento* Site del Instituto de Estudos Avançados. Univ. de São Paulo (USPI).

_____, *La trama invisible de la vida social. Comunicación, sentido y realidad*, Buenos Aires, La Crujía, 2003.

_____, *Hacia una ecología social y estratégica de la comunicación*, Buenos Aires, Secretaría de Investigación. Facultad de Ciencias Sociales UBA, 2004, en prensa.

Wallerstein, I., et al., *Impensar las ciencias sociales. Límites de los paradigmas decimonónicos*, México, Siglo XXI, 1998.

_____, *Open the Social Sciences*, Lisboa, Report of the Gulbenkian Commission on the Restructuring of the Social Sciences, 1995.

Zeitlin, I., *Ideología y teoría sociológica*, Buenos Aires, Amorrortu, 1970.